

El libro está estructurado en ocho capítulos, cada uno de los cuales concluye con una serie de preguntas a modo de pregunta-síntesis-test de comprensión. Las referencias bibliográficas son, sobre todo, obras y artículos básicos que todo estudiante debería leer si quiere iniciarse en la ardua tarea que conlleva el ensamblaje de todas las piezas que componen la evolución del consumo en los siglos XVII y XVIII, y su impacto a escala mundial. Es cierto que la bibliografía es en su mayoría anglosajona, y se podría achacar al libro que cada capítulo es en realidad un resumen de la bibliografía empleada. Si cotejamos las notas a pie de página, así se deduce. Pero a mi juicio, esa es precisamente la finalidad de un manual, sintetizar las ideas primordiales y debates existentes. En este sentido la autora ha sido honesta. Es más, así como en la introducción se ofrece una breve recopilación de las principales teorías sobre consumo desde diversas disciplinas (Norbert Elias, Pierre Bourdieu, Jean Braudillard, Thorstein Veblen, Neil McKendrick, John Brewer, J.H. Plumb, Ferdinand Braudel, Daniel Roche, Werner Sombart, Max Weber, Mary Douglass, Baron Isherwood, Clifford Geertz, Jan de Vries. . .), se echa en falta un último capítulo compilador que ofrezca la propia reflexión de la autora sobre el proceso que tuvo lugar antes de 1850, que lance preguntas abiertas y/o sugiera líneas de investigación a los discentes, posibles investigadores.

El libro muestra el proceso, a veces simplificado o sesgado por países, de consolidación del consumo de ciertos productos en las diversas sociedades. A lo largo de los sucesivos capítulos se ofrecen pinceladas de todos los temas relacionados con esta transformación, así como de los agentes implicados, de forma que un entramado de ideas va subyaciendo de la lectura propiciando la reflexión.

Se hace, por ejemplo, de forma acertada, mención al papel de los botánicos y los jardines botánicos, primeros laboratorios experimentales donde aclimatar las plantas y flores halladas, pero también a la paulatina europeización de los productos orientales como el café, que llegó a ser considerado un producto típicamente francés por los suecos (p. 203). La rápida adaptación de plantas americanas como la batata, el maíz, la yuca o el cacahuete tuvieron una gran acogida en China al requerir menos agua para su cultivo, incidiendo sobre la dieta. En Europa, los médicos dedicaron buena parte de su tiempo a clasificar los recién descubiertos alimentos y animales, como el pavo, según criterios de la pirámide alimenticia de Galeno hasta el siglo XVII cuando esta distribución de la comida fue abandonada a medida que afloraban los beneficios de las nuevas viandas. El maíz y la patata, por ejemplo, acabaron consolidándose en el agro europeo en su calidad de productos «anti famine» (p. 91) al igual que las no menos importantes alubias.

La descripción del origen y proliferación de estos y otros productos se complementa con un análisis del propio concepto de moda y de lujo, de su significado en diferentes culturas, y de su vinculación con la posición social, indisoluble del acto de consumir. La cultura material y su relación con los cambios en la higiene, y en la propia configuración de los hogares y el concepto de bienestar también están presentes (p. 173). Los tejidos como artículos de lujo

sirven a la autora para destacar la importancia de los «hacedores de moda», de las «it-girl» del pasado, como lo fueron las reinas y amantes de los reyes, pero también del papel de las muñecas como modelos y muestrarios de las nuevas tendencias, o la aparición de las primeras revistas de moda –Le Merchant Galant– en Francia. Moda unida a la moral o, mejor dicho, a la justificación moral de ciertos actos relacionados con el consumo (leyes suntuarias, festividades religiosas y ayuno. . .). No en vano el impacto que las importaciones exóticas tuvieron sobre la actividad económica avivó el debate entre mercantilismo y librecambio, y cuestionó la siempre aclamada protección de la industria nacional por parte de los productores, que pronto entendieron cuán lucrativo era copiar e imitar. Comercio y finanzas están asimismo presentes, no solo a través del afianzamiento de las redes de comerciantes sino de los éxitos y fracasos, como acaeció con la tulipomanía en las Provincias Unidas (p. 158), pero también en el Imperio Otomano y la llamada Tulip Era (1718-1730) con su consiguiente crisis.

Ina Baghdiantz McCabe trata sin duda de acercarse al consumo ofreciendo una visión objetiva, todo lo objetivo que un historiador puede ser, a través de diversas aproximaciones y teorías vigentes, aunque dejando entrever su postura: las dinámicas de consumo se transforman como respuesta a los cambios en los ingresos, y en el gusto en todas las regiones del mundo. En el debate sobre la divergencia/convergencia, como especialista en orientalismo y diásporas, se inclina por la escuela de California (Pomeranz, R. Bin Wong o Gunder Frank. . .) al considerar de forma muy positiva que esta haya cuestionado el consumismo como un fenómeno puramente europeo, en el que Europa y Asia quedaban relegadas a cumplir meros papeles estancos en lugar de reconocer las mutuas influencias, y el efecto lanzadera de los intercambios. El afán por recabar información, objetos, vegetales, etc. sentó uno de los pilares de la llamada globalización. Así, regalar y coleccionar lo exótico, lo ajeno, formaba parte de los intercambios comerciales y de la propia política imperial.

En resumidas cuentas, este libro permite reflexionar sobre la historia económica de la Edad Moderna, a través del hilo conductor del consumo. Consumo que se analiza como un proceso socio-económico, pero también cultural y transnacional, en el que cada grupo social interpreta los objetos y le otorga un significado particular. Sin duda, un texto atractivo para un alumno. En los nuevos planes de estudio que se avecinan no estaría de más tomar nota de cómo se renuevan los temarios, llámese consumo, innovación, violencia organizada, turismo, energía, convergencia. . . o lo que a cada uno más le apasione para explicar, cuando menos, la realidad pasada y presente y, con ello, tal vez aventurar una futura.

Nadia Fernández-de-Pinedo

Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2015.11.003>

Michael D. Bordo and Ronald MacDonald (Eds.). *Credibility and the International Monetary Regime: A Historical Perspective*. New York, Cambridge University Press, 2012, 240 págs., ISBN: 978-0-521-81133-0.

The editors have succeeded in putting together a collection of state-of-the-art studies dealing with exchange rate regimes; thus, the book addresses a compelling set of questions and provides a reference point for comparative studies. On top of its important

contributions, outlined further below, it also proposes new avenues for future research.

The important innovation encapsulated in the volume consists in expanding on the target zone theory developed by Krugman and others in the late 1980s. This theory explains the sustainability of fixed exchange rate regimes not only by economic fundamentals or interest rate differentials but also by traders' beliefs regarding the (long-run) sustainability of bilateral exchange rate pegged to a fixed value in gold. The theory offers the great advantage of being

testable in a straight-forward fashion: a variety of stationarity tests and regression analysis can be used to determine whether exchange rates had a tendency to revert back to their parity. All articles are, thus, cliometrics studies given that recent statistical methods are used to inform on a reduced set of stylized and selective historical facts.

The authors follow a traditional strain in monetary history that considers that establishing free convertibility of banknotes into a fixed quantity of gold *in each country* defines *at the global level* a system of fixed exchange rates that is prone to speculative attacks and, hence, to currency crises. The range of countries and time periods covered is perhaps therefore large. While the studies focus often on the US, the UK or France, certain chapters also study the credibility of the exchange rate regimes in Belgium, the Netherlands and Switzerland in the 1930s (the gold block episode) and in the countries of the European Monetary System of the late 1970s and early 1990s.

Overall, the book includes 10 chapters. The first chapter functions as a short introduction that sketches out the historical framework and that presents the main ingredients of the econometric models used in the various studies.

The next three chapters focus on the working of the classical gold standard established during the 1873–1913 period. In particular, chapter two shows the high degree of credibility of the international gold standard. Chapter three puts forward that credible currencies, such as the French Franc, enjoyed some degree of monetary independence in the sense that the central bank's interest rate could deviate from the Bank of England's interest rate despite the absence of barriers to capital flows and a peg to gold. The authors attribute the possibility that the impossible trinity did not hold to the credibility of the peg, which discouraged arbitrage. Chapter four is a careful study of the behavior of the US exchange rate showing that the dollar suffered in the 1890s from a peso problem. This implied a constant threat on the dollar's convertibility that was caused by the political agitation in favor of the monetization of silver, which, given the fall of the silver world price, would have signaled a switch to a more inflationary policy.

The next three chapters deal with the Interwar Gold Exchange standard. Chapter five studies the credibility of the fixed exchange rate of the 1920s, and mimics the results on monetary independence of chapter three but for the Interwar period. Chapter 6 shows that markets did not expect any exchange rate realignment up until mid-1931. This finding is interpreted as consistent with the notion that the demise of the gold standard in the 1930s was a speculative attack on otherwise credible currencies. The notion that these currency crises resulted from psychological factors is somewhat at odds with the historiography that rather attributes the devaluations to the transmission of solvency shocks affecting the Austrian and German banking systems. Chapter seven studies the causes of the dislocation of the Gold bloc in 1936. The study underlines that beyond the deflationary pressure created by the devaluation of other key currencies, the devaluation of the French franc was likely caused by geopolitical factors such as the re-militarization of Germany.

Finally, the last three chapters study episodes of post-World War II exchange rate regimes. Chapter eight focuses on specific episodes of the Bretton Wood system and studies the various currencies

crisis of the British pound between 1964 and 1967. The last two chapters dealt with the credibility of the exchange rate mechanism of the European Monetary Systems of the 1970s and 1980s. The articles show that none of the currencies in the system were credible, *i.e.* exchange rates did not exhibit a tendency to return to their parity with the Deutsche Mark.

Throughout these chapters, the book makes three contributions to the literature on the sustainability of fixed exchange rate regime. First, it shows the relevance of the target zone framework in explaining the sustainability of a great variety of fixed exchange rate regimes. By applying systematically the same method on various regimes, the authors suggest that the gold exchange standard did not function as the golden fetters that impeded policy autonomy. This is a welcomed contribution to the policy debate.

Second, the book exemplifies how political events and beliefs have a first-order impact on the credibility of a peg to par. It provides evidence that the institutional arrangement of each regime does not immunize against political turmoil, as shown by the *silverites* movement in the US during the Classical Gold Standard or by effects of news of incoming war in countries still on the gold exchange standard in Europe in the 1930s. However, the authors use history in a way that may puzzle informed readers. While certain variables were included in the metrics (of what?) for historical reasons, the metrics rarely informs (allows challenging) the conventional historical narratives. The reading (my understanding?) does not preclude that the authors believe that a currency anchored on gold had a stabilizing role on credibility expectations *per se*. Yet, attributing special stabilizing power to the peg to gold hardly provides satisfactory foundations for comparative studies of monetary regimes.

Third, the results of the various studies suggest that since 1873 fixed exchange rate regimes became less and less credible. Indeed, the authors advocate that the classical gold standard was much more credible than the interwar gold standard, that was itself much more credible than the Bretton Woods system or the European Monetary System. Although the authors did not further explore this finding, it may provide a clue for why the European countries in the 1990s decided to create a single currency rather than attempting to design a new fixed exchange rate regime. Moreover, if one assumes that credibility is a desirable feature of a monetary regime, this result suggests that despite all the gains accruing to credible currencies, decisions makers increasingly failed to choose the most "efficient" monetary regime. If confirmed, this calls for a careful comparative historical study explaining why decision makers of pre World War I Europe succeeded in achieving what their followers of the Bretton Woods period, who supposedly benefited from more rigorous economics, failed to achieve. A contradiction for any cliometrician! The authors did not address this issue, nor did they make connection with the political science literature explaining why second best monetary regimes may have been chosen in the first place.

Vincent Bignon
Banque de France, Paris, France